

Iglesia, era posible la inteligencia con Francia para hacer de Roma la capital de Italia.

De la misma manera se hizo constar solemnemente algunas semanas despues en el parlamento, en la sesion del 21 de mayo, la pretension de Italia á la posesion de Venecia, aprobando el parlamento y el ministerio una proposicion relativa á este asunto presentada por Ricasoli; de suerte que la mayoría de la representacion nacional y el gobierno reconocieron explícitamente como suyos los fines que se proponian Garibaldi y el partido de accion. Sin embargo, respecto de los medios de llegar á este objeto habia divergencias grandes. Cavour y sus amigos eran opuestos á todo ataque de voluntarios contra Roma y Venecia. Entre Cavour y Garibaldi hubo el 18 de abril una explicacion vivísima. Ricasoli habia apelado calurosamente al patriotismo de todos los italianos con el deseo de hacer cesar las causas de la discordia, y á este fin habló de la situacion en la cual se hallaban los restos del ejército del Sur; pero Garibaldi no aceptó la reconciliacion, diciendo que nadie podia exigir de él que diese la mano de amigo al hombre que le habia hecho extranjero en Italia; habló luego del mal que habia hecho el alma fria y hostil del ministerio, de la guerra fratricida que habia originado, y al decir esto fué tan ruidosamente interrumpido por Cavour y por la cámara, que el presidente tuvo que levantar la sesion. Bixio despues expresó en términos elocuentes el dolor que sentia el país al ver á los dos mas nobles patriotas tan reñidos, y pidió que las escenas de que la cámara acababa de ser testigo se olvidaran, á lo cual contestó Cavour muy dignamente que cualquiera que fuera la actitud que tomara Garibaldi, en cuanto á él se hallaba pronto á mirar como no ocurrida la primera parte de la sesion. Entonces redujo tambien Garibaldi su discurso á otros límites y declaró que estaba dispuesto á ir unido políticamente con el presidente del ministerio; pero todo el mundo comprendió que con estas declaraciones solo se habia echado un velo sobre tan desagradable suceso y que en el fondo los dos patriotas quedaban tan reñidos como antes. Pocos dias despues tuvieron los dos una conferencia á invitacion del rey, la cual pasó cortésmente y sin irritarse los dos interlocutores, que se mantuvieron no obstante frios y reservados (1).

Los que trataban á Cavour de cerca no podian desconocer que habia dejado profundas huellas en él la actividad febril de los últimos años, segun lo atestiguaba la excitacion é irritabilidad extraordinarias que le distinguian hasta en el parlamento; pero nadie sospechó que aquella agitacion en que salió de la sesion del 29 de mayo, fuese precursora de la enfermedad que habia de arrebatarle de este mundo á los ocho dias. En vano procuraron los médicos dominar la calentura con sangrías que solo aceleraron la pérdida de fuerzas. En vano quiso dominar el mismo Cavour su debilidad, y hasta en cama presidió un consejo de ministros que duró dos horas; en la noche del 4 al 5 de junio se hizo su estado desesperado. El hermano Giacomo le confesó y le dió la absolucion, conforme le habia prometido años antes, y despues tuvo la satisfaccion de apretar la mano del rey, que se despidió de él vertiendo lágrimas. En seguida empezó el enfermo á delirar, exclamando con júbilo que ya no habia piemonteses ni toscanos ni romagnoles; desaprobó el estado de sitio de Nápoles, aseguró que nadie deseaba mas vivamente que él á Roma y Venecia; que la incorporacion del Tirol y de Istria quedaba reservada para otra generacion; que la generacion actual habia hecho bastante, porque habia hecho la Italia, y citó á Ricasoli y á Farini como los únicos

(1) Massari: *Cavour*, pág. 364.

hombres que podian reemplazarle ó sustituirle. Cuando hácia la mañana del dia 6 de junio le dió el hermano Giacomo los sacramentos, dijo Cavour al conocerle sus últimas palabras: «Hermano, la Iglesia libre en el Estado libre.» Poco antes de las siete falleció.

Cavour dejó la obra de su vida sin concluir, ni siquiera en los perfiles exteriores, porque todavía faltaban á la Italia unida Roma y Venecia; pero mas grave que estas faltas fué la duda de saber si resistiria el nuevo edificio á las tormentas que habian de venir. Todos los enemigos del nuevo reino de Italia contaban con disensiones interiores, porque decian que el reino de Satanás seria presa de sus discordias interiores y no se sostendria. No faltaban indicios para semejante prediccion, porque solo la mano fuerte de Cavour habia domado temporalmente las pasiones republicanas, y no las habia vencido, sino cogido por sorpresa y astucia. El terreno en que se asentaba el trono de Víctor Manuel habia sido removido profundamente, y un empuje robusto podia dar en tierra mas pronto ó mas tarde con el nuevo reino. El ejército y la armada se habian conducido con honor, pero todavía no habian dado la última prueba de su valor y firmeza; porque en la lucha contra el Austria habia hecho la mayor parte el ejército francés, y en la lucha contra el Papa y Nápoles, las fuerzas de Víctor Manuel habian combatido con dos contrarios débiles y mal preparados. La hacienda del Piamonte se hallaba ya antes de la guerra en mala situacion, y á pesar de los elevados impuestos se habian aumentado las deudas del Estado, que á principios del año 1861 ascendian á 2,000 millones. El presupuesto presentaba quinientos millones de ingresos y doble cantidad y algo mas de gastos, y era además evidente que la nueva situacion no permitia ninguna reduccion de gastos. Los recursos de las provincias conquistadas estaban por desarrollar; no prometian ningun alivio para un porvenir inmediato, y si á pesar de esto se trataran de exigir crecidas contribuciones nuevas, se fomentaria el descontento y se daria á los partidos hostiles los deseados pretextos para llevar adelante sus planes. Los voluntarios garibaldinos despues de licenciados se hallaban diseminados por todo el país, como tambien los partidarios del Papa, los amigos de lo pasado y el clero, que desde el púlpito y el confesonario atacaba encubierta ó públicamente al nuevo gobierno, acusado de impío. ¿Cómo podia sostenerse, pues, sin auxilio extranjero la creacion de Cavour, contra la cual trabajaban republicanos y reaccionarios? ¿Y dónde encontrar el auxilio extranjero? Inglaterra únicamente estaba al lado de Italia con sinceridad; pero aun así, habia una gran distancia de las intenciones amistosas hasta el auxilio enérgico en el momento del peligro. Tambien era de suponer que Napoleon jamás abandonaria del todo á su protegida; pero ¿qué harian estos protectores si su protegida, la Italia, llegara á dejarse seducir por el partido republicano para atacar Roma ó Venecia? Napoleon solo se declaraba obligado á observar la paz de Zurich y á reconocer las anexion hechas en la Italia central; no habia aprobado las demás conquistas, y podia de consiguiente desentenderse sin deshonra de su conservacion. Aun admitiendo el caso de que Napoleon cesara de dominar en Francia, el resultado seria todavía mucho peor para la Italia, porque en la gran masa del pueblo francés y entre la parte adversaria del imperio era muchísimo mas frecuente el espíritu hostil á la unidad italiana que la simpatía y amistad. En cuanto al trono de Napoleon, estaba entonces todavía firme; pero en toda la Europa existia el sordo presentimiento de que necesitaba para sostenerse indispensablemente una nueva guerra, por cuyo motivo estaba meditando nuevos planes de conquista, en cuyo caso eran de esperar complicaciones peligrosísimas para

la Italia. ¿Dónde estaba, pues, la fuerza del nuevo reino de Italia que podia tranquilizar respecto de su porvenir? Esta fuerza, á pesar de todos los partidos y de todas las agitaciones debidas á los secuaces de Mazzini y al clero, consistia en la gran idea de la unidad nacional. La fe en el principio de las nacionalidades habia llegado á ser potencia en Europa, y los que habian fomentado esa fe sacaron de ella una fuerza invencible, no obstante no haberse realizado todavía esta idea completamente. Muchos engaños y mentiras, mucho egoismo y muchos cálculos innobles habian cooperado á la creacion de la Italia unida, que era la realizacion de una idea cuya moralidad, robustez interior y justicia no podian negar sus contrarios mas encarnizados, fuera de algunos casos especiales. Para todos los que tenian fe en el progreso y que sabian que las grandes revoluciones no se efectuan sin grandes injusticias, era imposible que este progreso conseguido pudiera ser deshecho por los defectos é injusticias que habian contribuido á su realizacion. Todavía habia mas: el haber triunfado en Italia el principio de las nacionalidades era un poderoso impulso para los demás pueblos grandes ó pequeños que esperaban su salvacion del mismo principio, y cada uno de estos pueblos era para la Italia unida un aliado y para el Austria y los príncipes expulsados un adversario. Entre estos pueblos se hallaban en primera línea el alemán y el Estado prusiano, al cual correspondia forzosamente al otro lado de los Alpes el papel que habia correspondido en Italia al Piamonte. Por esto mismo se habian fijado las esperanzas de Cavour desde mucho tiempo en la Prusia, y por esto conservó siempre, á pesar de todos los desengaños, la idea de una alianza entre los dos países, y dijo con la fe del profeta que estaba escrito con gruesas letras en el libro de la historia futura que la Prusia estaba ligada irrevocablemente á la idea nacional. Hasta en sus últimos desvarios habló de los prusianos, diciendo que eran tan lentos que necesitaban cincuenta años para hacer lo que Italia habia hecho en tres años. Por lo menos tuvo todavía la satisfaccion, en febrero de 1861, de saber que la cámara de diputados de Prusia se declaró á favor de la nueva situacion de Italia; si bien no tenia la esperanza de ver cambiar en un corto porvenir al gobierno prusiano ni de que este cambio diera á la Italia la posibilidad de conquistar á Venecia. Semejante conquista solo podia efectuarse con el auxilio de la Rusia ó de la Francia, y este último auxilio, en opinion de Inglaterra, traeria consigo una guerra europea.

La cesion de Saboya y Niza habia sembrado la desconfianza contra el emperador Napoleon, tanto que todos los vecinos de la Francia empuñaron las armas, decididos á hacer frente á tiempo á todos los peligros que pudieran amenazarles por este lado. En tal situacion Napoleon, y con él la Italia, debian renunciar á todo nuevo ataque por algun tiempo, á no querer que se levantara contra ellos una gran liga europea.

CAPITULO IX

EL IMPERIO EN SU MAYOR AUGE

Puede considerarse como la primera falta irremediable que cometió Napoleon en su política extranjera la de no haber sabido resistir á la tentacion de hacerse pagar los servicios que habia prestado á Italia con la anexion de Niza y Saboya. Con mucha sagacidad habia dicho su tío en Santa Elena que el primer soberano que *de buena fe* hiciera suya la causa de los pueblos, se encontraría á la cabeza de toda la Europa y podría emprender cuanto quisiera (1). Pero su

(1) Napoleon I, *Memorial de Santa Elena*.

sobrino no podia pretender que se creyera en su buena fe ni en su desinterés, dos cualidades indispensables en estos casos, despues de haberse cobrado su auxilio con Niza y Saboya. El aumento de poderío que dieron estas adquisiciones á la Francia, no podia haber sido ciertamente el motivo principal que le habia hecho dar este paso falso, porque la posesion de la Saboya con sus 200 leguas cuadradas y sus 580,000 habitantes, y de Niza con sus 56 leguas cuadradas y sus 125,000, solo aumentaron el poder de la Francia en la balanza política de Europa en una parte muy insignificante. Lo que le movió fué mas bien la esperanza de fortificar la posicion de su dinastía en Francia, restituyendo al país territorios considerados por la opinion pública como dentro de las fronteras naturales del imperio francés; y el orgullo nacional tuvo por lo menos la satisfaccion de ver recuperadas siquiera en un punto las cesiones que la Europa unida habia arrancado en la paz de Paris, dando lugar así á la esperanza de que el segundo imperio restableceria tambien en las demás direcciones las llamadas fronteras naturales.

Pero lo que favoreció á Napoleon en Francia despertó en el resto de Europa recelo y temores, y la política francesa aumentó esta impresion por el modo ambiguo con que trató á la Suiza. Esta, en virtud del acta del congreso de Viena, tenia el derecho de que fuesen declarados neutrales en tiempo de guerra Chablais y Faucigny, distritos septentrionales de Saboya; y como esta disposicion no tenia mas objeto que proteger á Suiza contra un ataque de parte de Francia, el gobierno suizo exigió, con razon, que los citados distritos no pudieran ser cedidos á la Francia, sino que debian ser incorporados á la Suiza. Esta pretension no fué rechazada al principio por el gobierno francés; aunque Thouvenel sostuvo en una nota que entregó en 7 de febrero á lord Cowley que aunque fuesen incorporados aquellos distritos á la Francia, podia conservarse su neutralidad, si bien seria mejor, dijo al final, que fuesen reunidos de una manera definitiva á la Suiza (2). Tambien dijo al embajador suizo en Paris verbalmente que el emperador por simpatía á la Suiza queria dejar á ésta los dos distritos mencionados. El gobierno suizo no pudo conseguir en las semanas que siguieron una confirmacion escrita de esta intencion del emperador, y en cambio supo que en la Saboya se fomentaba con mucha actividad una agitacion contra toda division del país, y sospechó que el gobierno francés dirigía esta agitacion, lo cual resultó muy fundado, porque en 13 de marzo declaró Thouvenel que las protestas de la poblacion hacian imposible la separacion de aquellos distritos, y que la Suiza podia descansar respecto de sus intereses en las intenciones benévolas de la Francia. En igual sentido contestó Napoleon algunos dias despues á una diputacion de Saboya que se le presentó para protestar contra la division. La indignacion que provocó esto en Suiza excedió todo límite. La mayoría del consejo federal, y á su cabeza el presidente Stampfli, de Berna, estaba en favor de la ocupacion militar de la Saboya septentrional aun á riesgo de dar lugar á una guerra; pero en la asamblea federal prevalecieron los elementos mas prudentes, cuyos jefes eran Escher y Dubs de Zurich, y en su consecuencia el consejo federal renunció á sus preparativos militares, quedando encargado únicamente de hacer valer las justas exigencias de la Suiza por la via diplomática. Entonces el consejo se dirigió á las potencias proponiendo una conferencia para tratar la cuestion de Saboya; pero la mayor parte de las contestaciones fueron en extremo tibias, porque en aquellas semanas la atmósfera política presentaba un aspecto tan belicoso, que todo el mundo temió cargar con la

(2) Thouvenel, tomo I, pág. 29.

responsabilidad de hacer estallar la tormenta. De esta manera se extinguió la cuestión lentamente entre negociaciones diplomáticas, sin que la Suiza consiguiera garantías. En los cantones del Oeste continuó por lo mismo la agitación durante mucho tiempo, hasta que tomó forma de una gran demostración política con ocasión de un discurso pronunciado por el consejero de Estado Carteret, en el mes de junio, en el banquete de la Sociedad del Tiro de Ginebra. El orador, entre otras cosas, dijo: «Los que amenazan nuestra libertad se atreven á llamarse amigos nuestros, pero los conocemos, y no daremos oído á sus instancias. Ginebra sabrá defenderse á pesar de su debilidad, y si en alguna parte se soñara con la anexión, solo se encontrarían en nuestro país montones de cadáveres y de ruinas. Que nuestra floreciente Ginebra quede reducida á escombros antes de ser francesa.»

Si vivos eran los temores en la Suiza francesa de verse expuestos los cantones á ser incorporados á la Francia, no lo eran menos los temores análogos en Bélgica, donde se fundó á mediados de junio en Bruselas una liga de patriotas por una asamblea compuesta de diputados de todo el país. Todos los miembros de esta liga se comprometieron á defender con sus bienes y sus vidas la independencia belga, y el rey, en el aniversario de su subida al trono, recibió felicitaciones de todos los consejos provinciales, manifestándole la firme resolución de defender con todas sus fuerzas contra cualquier ataque la independencia nacional. Los oradores belgas declararon también como los de Suiza: «Antes de dejar devorar el país por la Francia, preferimos que nuestras ciudades se vean destruidas hasta los cimientos y que la Bélgica quede convertida en desierto.» Con gran actividad y celo se emprendió la fortificación de Amberes, para la cual las cámaras entonces concedieron el permiso que el gobierno había solicitado en vano durante muchos años. Inglaterra también dió las mayores seguridades de que, fiel á sus compromisos, se opondría á toda amenaza dirigida contra la independencia belga. Hasta el gobierno de Holanda renunció á su actitud rencorosa ante el temor general de una guerra de conquista francesa, y por primera vez, desde 1831, tuvieron una entrevista personal los dos monarcas vecinos, en 10 de agosto de 1860, en Wiesbaden. En esta entrevista el rey Guillermo expresó el deseo y la esperanza de que en adelante los dos países vivieran como buenos hermanos y se auxiliaran varonil y sinceramente en las horas de peligro. Para aumentar la fuerza defensiva de Holanda propuso el rey á los Estados Generales una nueva ley de servicio militar con objeto de asegurar la independencia del Estado.

Era inevitable que también la Alemania se mostrase intranquila, y mucho más en vista de la ninguna confianza que inspiraba la confederación germánica, ó mejor dicho el consejo federal. Ya al principio de la guerra italiana se había creído posible, y hasta probable, un ataque de Napoleón por la parte del Rin, cuyo temor se hizo más vivo después de la paz de Villafranca, y mucho más cuando entonces se manifestó entre Austria y Prusia un gran enfriamiento de relaciones, porque el emperador Francisco José había motivado en su manifiesto á los pueblos del Austria la necesidad de hacer la paz por verse abandonado de sus aliados naturales, y su ministro Rechberg había ido todavía más lejos, diciendo en una nota á las cortes alemanas que su soberano, si se prolongaba la guerra, no solamente no tendría que esperar ningún auxilio material de la Prusia, sino que encontraría el peso moral de la influencia prusiana en el platillo de sus contrarios. Estas acusaciones irritaron á la corte de Berlín, tanto más cuanto que las opiniones políti-

cas del príncipe-regente no permitían á su ministerio ponerse francamente del lado de Italia en nombre del principio de las nacionalidades ni romper así abiertamente con el Austria y la Alemania. Las discusiones diplomáticas y de la prensa á que dieron lugar las acusaciones del Austria, aguzaron todavía más la oposición y aumentaron en el pueblo alemán la inseguridad y el temor de que Napoleón aprovechara esta discordia para echarse sobre la Prusia como se había echado sobre el Austria. Penetrados de la necesidad de evitar este peligro por medio de una unión más estrecha de los Estados alemanes, se habían reunido inmediatamente después de la paz de Villafranca, en 17 y 19 de julio, muchos patriotas alemanes en Eisenach y Hanover para pedir un poder central bajo la jefatura de Prusia; y apoyados por gran número de exposiciones aprobatorias, invitaron á una reunión más numerosa en Eisenach. Esta reunión, en 14 de agosto de 1859, nombró un comité presidido por Bennigsen y convocó para una nueva reunión en Francfort el 15 y 16 de setiembre, á fin de fundar allí una asociación política para conseguir aquel objeto. La asociación se fundó, pero fué mirada por casi todos los gobiernos incluso el prusiano con el mayor recelo, y por lo pronto no contribuyó más que á aumentar la contradicción entre las diversas opiniones, en vez de fomentar la unión nacional enfrente del extranjero; lo que era natural, pues que la idea de la futura unión alemana no podía adelantar sino después de una ardiente lucha entre opiniones opuestas. Por otra parte, aquel comité el 13 de marzo de 1860, al pronunciarse contra la anexión de la Saboya, manifestó: que todo ataque contra un territorio alemán encontraría la resistencia de una nación decidida á defender su derecho y su honor hasta verter su última gota de sangre. En realidad miles de alemanes ardían en deseos de que llegara el momento de un ataque, porque en su opinión éste sería el medio más eficaz de acabar con las discordias intestinas y de resolver finalmente la constitución de una Alemania unida. Sin embargo, el ministro hanoveriano Borries fué bastante solapado para decir, algunas semanas después, en la segunda cámara hanoveriana, que la tentativa de la asociación nacional de poner los Estados alemanes bajo el dominio de la Prusia, les impulsaría á contraer alianzas entre sí ó con potencias extranjeras, que ciertamente tendrían una gran satisfacción en poder mezclarse en los asuntos de Alemania. Esta amenaza, que calificó el diputado prusiano Ammon de traición incua contra el país, fué estigmatizada por el mismo comité y en muchas otras manifestaciones, tanto que aquel ministro emprendió su retirada y declaró el 8 de mayo que el gobierno de Hanover no se separaría de la confederación y que, según la constitución federal, ningún gobierno podía hacer alianza con ninguna potencia extranjera, y menos con Francia, contra otros Estados alemanes. Por supuesto, aunque merecían poco crédito estas palabras, y tanto menos cuanto que muy poco tiempo después concedió el rey de Hanover á aquel ministro el título de conde, siempre se vió en esta retractación que el sentimiento nacional había adquirido ya alguna fuerza, y á Napoleón debió enseñar este asunto que ya no podía contar como su tío, en caso de un ataque contra la Alemania, con el letargo completo del espíritu nacional alemán.

También los gobiernos alemanes tomaron alguna resolución, después de la experiencia del año 1859, para reformar la constitución federal y reorganizar en especial el ramo militar. Estas tentativas se perdieron como agua en la arena, y no encontró ningún voto en su apoyo en la comisión militar del consejo federal la proposición práctica del gobierno de Prusia de poner en caso de guerra los dos cuerpos federales de la Alemania del Mediodía bajo el mando superior del

Austria, y los otros dos cuerpos de la Alemania del Norte bajo el mando superior de la Prusia. Pero estas resoluciones, aunque infructuosas, demostraron que la desconfianza contra la Francia se mantenía viva después de la guerra de Italia. Por cierto que semejante estado de cosas fué muy desagradable para Napoleón, al cual seguramente debió de ocupar mucho y vivamente la idea de reconquistar para la Francia la frontera del Rin, si bien no dejaba de conocer que semejante tentativa era demasiado arriesgada y que á lo más podía emprenderla de acuerdo con la Prusia. A este fin había trabajado siempre, aunque en vano, por llegar á una inteligencia con el gobierno prusiano; pero en el tiempo de que hablamos debía de estar persuadido de que todo nuevo esfuerzo en este sentido no daría mejor resultado que los pasados, en atención á las circunstancias y á la persona del príncipe-regente. Si á pesar de esto propuso al regente de Prusia una entrevista personal en Baden-Baden, fué probablemente con el deseo de acallar «el concierto general de voces malévolas y de juicios erróneos,» según dijo el *Monitor*; y al mismo tiempo, como la entrevista se prestó á comentarios y recelos que aumentarían la enemistad siempre latente entre la Prusia y los Estados secundarios, éste era otro resultado favorable á la política de Napoleón. El príncipe-regente por su parte quiso evitar toda mala inteligencia y consintió en la entrevista bajo la condición de que tomaran parte en ella los soberanos de la Alemania del Mediodía, á lo cual Napoleón no podía buenamente negarse; y como el rey de Hanover quiso también asistir á las conferencias, fueron invitados igualmente los reyes de Baviera, Wurtemberg y Sajonia, los grandes duques de Baden, de Hesse-Darmstadt y de Sajonia-Weimar, y los duques de Coburgo y Nassau. Todos estos personajes encontró Napoleón reunidos cuando llegó el 16 de junio á Baden-Baden. En la entrevista expresó el emperador energicamente, según escribió el príncipe-regente al príncipe consorte de Inglaterra, sus intenciones pacíficas, diciendo que la cesión de Saboya y Niza había sido ya desde un principio la condición del auxilio dado por la Francia al Piamonte. Dando así á esta anexión un tinte más suave para la antigua diplomacia, rechazó en cierto concepto, como ya lo había hecho en una nota del 13 de marzo contraria á otras declaraciones oficiales, la teoría de las fronteras naturales y del principio de las nacionalidades, lo que hubo de ser muy del gusto de los soberanos alemanes. El príncipe-regente se limitó á lamentar que nada se hubiera dicho antes de semejante convenio de cesión, pues los gobiernos alemanes solo habían conocido el manifiesto de Milán y la declaración de la Francia de que no pedía ningún aumento de territorio. Esto explicaba la inquietud de Alemania, tanto mayor cuanto que el emperador Napoleón se había puesto en persona á la cabeza de su ejército. Napoleón se excusó atribuyendo la culpa á la prensa, que especialmente en Inglaterra había sembrado un temor pueril. Al hablar de esto mencionó un folleto francés que bajo el título de: *El Emperador y la Prusia*, proponía la anexión á la Prusia de los Estados secundarios alemanes, cediendo en cambio á la Francia la frontera del Rin, y declaró que nada tenía que ver con semejante folleto. El príncipe-regente dijo que no le conocía siquiera. Para los demás soberanos alemanes que asistieron á la entrevista fué muy grata la declaración de Napoleón, cuya veracidad naturalmente era cuestionable. Habiendo partido Napoleón, el príncipe-regente volvió á reunir en su habitación á los soberanos alemanes y les aseguró que su primer cuidado sería siempre la conservación de la integridad de Alemania, aunque sus ideas políticas no fuesen las de todos los confederados; expresó su satisfacción de que el Austria hubiera dado pasos para llegar á una inteligencia, y

añadió que esperaba que le seguirían cada vez más gobiernos alemanes en la senda que había emprendido. Contestó á este discurso el rey de Wurtemberg con otra expresión de cortesía sin importancia.

La alusión á los pasos del gobierno austriaco hecha por el príncipe-regente, estaba fundada en una entrevista muy larga que había tenido el príncipe con el rey de Baviera, en la cual se había hablado con entera franqueza de la política austriaca, empeñada siempre en presentar á la Prusia como codiciosa de absorber territorios alemanes. El príncipe manifestó la indignación que esto le causaba, y se mostró también ofendido de la manera con que había calificado Francisco José, en su manifiesto de paz, la actitud del gobierno de Prusia, justificando su indignación con el hecho de que había estado á punto de declarar la guerra á la Francia y esto había contribuido mucho á inducir á Napoleón á la paz de Villafranca. El príncipe, sin embargo de su disgusto, se declaró dispuesto á tener una entrevista con el emperador de Austria si se manifestase este deseo por el gobierno austriaco; pero que el Austria no debía hacerse la ilusión de que la Prusia contrajera alianzas prematuras ni garantizase territorios. El rey de Baviera trabajó en este sentido en la corte de Austria, y el 26 de julio se efectuó en Tœplitz la entrevista, que si no tuvo el carácter cordial que hubiera sido de desear, no dejó de ser importante, porque sin ella difícilmente habría tenido efecto la otra entrevista en Varsovia entre el czar, el emperador de Austria y el príncipe-regente de Prusia, cuya importancia en el desarrollo de la situación de Italia hemos mencionado ya en otra parte.

También procuró Napoleón combatir la desconfianza de los ingleses por todos los medios posibles. Desde la caída del ministerio tory, en junio de 1859, había aprovechado Napoleón todas las ocasiones para restablecer la alianza anterior; pero á pesar de las muchas y buenas palabras con que la prensa inglesa expresaba su satisfacción, siempre volvían á brotar el recelo y los temores, no por culpa solamente de la ambigüedad de la política francesa, sino también porque la misma Inglaterra conocía cada día más que su poderío no era ya tan indudable como antes. La gran superioridad que había conservado la Inglaterra desde las guerras napoleónicas sobre todas las potencias marítimas, había menguado mucho con el empleo del vapor en la marina de guerra y con los inmensos progresos que iba haciendo la artillería. Cada año bajaba el valor de los buques antiguos, y enfrente de los buques nuevos, contruidos conforme á las exigencias y medios modernos, la Inglaterra no podía conservar su preponderancia en la misma proporción de antes. La idea de que la marina inglesa no podía ya impedir un desembarco como en lo antiguo, se apoderó cada día más de los ánimos, y aunque Napoleón dijera en Baden-Baden al príncipe-regente de Prusia que el desembarco era realizable, pero que otra cuestión era sostenerse en Inglaterra después de efectuado, los ingleses no dejaron de comprender que, en caso de un desembarco enemigo, de poco les serviría su pequeño ejército permanente. Este sentimiento de debilidad fué causa principalmente de la falta de energía que mostró el gobierno inglés en la cuestión de Saboya, y cuanto más se convenció la Inglaterra de su relativa debilidad, tanto más impetuosamente clamó la opinión pública que se saliera de aquel estado de inferioridad con la formación de una numerosa milicia voluntaria. Entonces hubo una explosión de entusiasmo tan grande, que los regimientos de milicia voluntaria parecían brotar de la tierra, con lo cual se restableció la confianza en la propia fuerza y se tranquilizaron los ánimos. El ministerio aprovechó esta ocasión para obtener del parlamento once millones de libras esterli-